

JAVIER RONDERO

AMÉRICA LATINA EN LA POLÍTICA MUNDIAL *

LA AMÉRICA LATINA comienza a ser un factor de importancia en la política mundial. Basta recordar que su superficie es el doble de la de Europa y que representa dos veces y media la superficie de la parte continental de los Estados Unidos de América. Su población sobrepasa los 200 millones y equivale a la de los Estados Unidos y Canadá juntos y anualmente aumenta en una proporción de 25 al millar, lo que constituye una “explosión demográfica”.

En estos años la población aumenta anualmente en la América Latina aproximadamente en 5 millones de habitantes como promedio, y dicho aumento será obviamente progresivo, por lo que se estima que dentro de quince años, en 1975, ascenderá a muy cerca de los 300 millones. Esto hace que para entonces sea indispensable que la América Latina aumente 25 veces el valor de la producción de bienes de capital para mantener sólo el mismo nivel de 1955.

Esta “explosión demográfica”, este rápido aumento de la población, origina la apremiante necesidad de que se acelere el desarrollo económico en la América Latina. Pero este mismo aumento de la población constituye al propio tiempo, una traba y un impedimento para el desarrollo económico.

Las inversiones en alimentos y en la educación de una nueva generación mucho más numerosa, deja poca o ninguna reserva neta para formar el capital que requiere el desarrollo económico en términos de una productividad más alta por cabeza. En México, el presupuesto tan elevado de la educación —por lo que nuestro Gobierno merece encomio— es sin em-

* Conferencia sustentada en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales el día 3 de febrero de 1960.

bargo, índice inequívoco de la carga tan fuerte que pesa sobre el propio Gobierno y sobre la Nación.

Mantener una población en constante crecimiento disminuye los ahorros disponibles para inversiones que logren niveles más altos de productividad, lo que se acentuará aún más con la perspectiva de un aumento aún mayor de la población. Este aumento corresponde a un aumento en la demanda de consumo y de inversiones antes de que pueda efectuarse una inversión en el desarrollo. Y este aumento en las reservas para inversiones representa una de las mayores dificultades políticas con que tienen que enfrentarse los países subdesarrollados.

El desarrollo económico se concibe en dedicar mayor número de trabajadores a la producción, en mejorar gradualmente las técnicas, en aumentar la formación de capital para hacer posible la elevación de vida de las masas. Cuando existe ya tanto excedente de mano de obra que necesita empleo el aumento de la población agrava las dificultades para salir del paso.

En México, por este aumento, se requiere un aumento correspondiente de 300 mil empleos nuevos, cada año, sólo para mantener el actual índice de ocupación que es tan bajo. Como observa Frank Notestein, en su libro *El fondo demográfico de los problemas de las regiones subdesarrolladas*: "Si las ganancias en la producción sólo se equiparan con el aumento de la población, 'la mejora' podrá tener como resultado principal que aumenten las masas de hombres viviendo con lo estrictamente indispensable, y extremadamente vulnerables a cualquier choque en la estructura económica y política mundial."

Lo anterior exige soluciones de envergadura. Gran afluencia de capitales del exterior, que sean políticamente aceptables en el interior de cada país; y una política con audacia y con imaginación.

En el aspecto económico la mayor parte de la fuerza de trabajo en la América Latina se encuentra desocupada o subocupada en actividades no incluidas o al margen de una economía monetaria, su mercado interno es débil y su capacidad adquisitiva muy débil también; la estructura agraria es un lastre y un obstáculo para su desarrollo económico, se carece de un ambiente propicio en la mayoría de nuestros países o de un clima adecuado para la formación de capitales y para la correcta canalización de las inversiones; nuestras economías se encuentran poco integradas o articuladas en lo interno, vinculadas a través de relaciones comerciales, con el exterior, inestables y poco diversificadas.

Como promedio en los últimos cinco años, a cada latinoamericano le ha correspondido un ingreso bruto anual de 277 dólares y el consumo se ha

reducido a 225 dólares anuales por individuo. La cifra correspondiente a México es de 200 dólares por cabeza que comparado con el nivel de unos 2 mil dólares por habitante alcanzado por los Estados Unidos, indica el camino que debemos recorrer. En 1959 el ingreso por persona en Estados Unidos fue de 2 283 dólares.

Estos bajos niveles de vida, se acentúan por la injusta distribución del ingreso, lo que causa en gran parte, la inestabilidad política y social que ha caracterizado a la mayoría de los países latinoamericanos.

También, acarrea como consecuencia una posibilidad muy reducida de ahorro, que junto con un comercio exterior adverso han empujado, a menudo, a que estas naciones hayan recurrido a expedientes inflacionarios para promover o acelerar su desarrollo económico, lo que ha ocasionado en parte una sistemática elevación del nivel interno de precios y ha hecho incompatible el desarrollo económico y la estabilidad de estos países.

La integración de la América Latina ha sido y será requisito y meta a la vez para nuestro desarrollo. Casi todos nuestros grandes hombres de pensamiento han tenido siempre a la vista esta meta, a pesar de que la contemplan remota. Pero hasta ahora, no había sido en rigor un programa o una consigna de acción inmediata sino sólo una ansia o un anhelo insatisfecho.

Hace unos días, en el aniversario de *Cuadernos Americanos*, nos decía a este propósito Luis Villoro con acierto que "hasta hace pocos años, la vocación hispanoamericana estaba condenada en gran medida a la utopía. Era una incitación a la apertura y nuestros países eran, de hecho, *sociedades cerradas*. Economías satélites del capital extranjero, sin contacto con las regiones económicas vecinas; mercados de explotación sin otra salida para sus productos que el país explotador; formas sociales feudales, con intereses y normas de cultura locales; clases dirigentes formadas por terratenientes, clero y milicia de intereses regionales, o por una burguesía dependiente de intereses antinacionales. En esas condiciones, la idea de la unidad hispanoamericana era compartida por una minoría intelectual, mas no correspondía a una dirección efectiva de la sociedad; de hecho, no reflejaba las *necesidades reales* de ningún grupo social importante. Entre la vocación universal de la inteligencia y el carácter cerrado de la sociedad abría un hiato. Como toda inteligencia, la nuestra vivía proyectada a un futuro aún irreal. Por ello, la vocación hispanoamericana estuvo siempre ligada a los intentos por transformar la estructura social. La reforma liberal y la independencia nacional no sólo eran la vía de la libertad, también la posibilidad de adelantar nuestra apertura a lo universal."

Cierto es que la América Latina es el horizonte natural en que se prolonga y se afirma cada uno de nuestros países.

Pero no tan sólo es nuestra vocación, nuestra misión y nuestro destino. Ha sido también en el pasado una realidad histórica, la realidad de una comunidad cultural.

Esta realidad la calificaba el entonces Secretario de Relaciones Exteriores de México, licenciado Luis Padilla Nervo, con estas palabras: "Nuestra América es un cuerpo solidario y nada de lo que ocurra en uno de sus miembros deja de afectar a los demás."

Por esto el primer recurso al alcance de nuestros países tan poco desarrollados consiste en ayudarse mutuamente y en llevar a cabo una política que tenga como punto de partida y como término sus intereses comunes, ya que no pueden confiar su futuro y entregarlo en manos de las naciones más desarrolladas que han aprovechado nuestros países sólo para su beneficio.

En suma, integrarnos —tanto México, como sus repúblicas hermanas— dentro de la comunidad latinoamericana es afirmar lo más recio de nuestro pasado nacional, lo más valioso de nuestra historia nacional, lo más acendrado de nuestra tradición nacional y a la vez afirmar, afianzar y consolidar nuestro futuro como nación.

Así lo han entendido y entienden nuestros mejores hombres de pensamiento y nuestros más limpios y profundos hombres de Estado.

El viaje a la América Latina que el Presidente de la República acaba de terminar, tiene la significación y la trascendencia de hacer coincidir, por vez primera, el ideal de la unidad latinoamericana con el momento real de nuestro tiempo y nuestro presente.

Por eso este viaje, desborda su mera realidad circunstancial, eleva su rango y se transforma y convierte en historia.

¿Qué perspectivas abre esta nueva situación a nuestro país?

Es la hora del recuento y de la suma, como dijera Martí. Unificar gradualmente los recursos todos, espirituales y materiales de la América Latina, para su mayor y mejor aprovechamiento; coordinar las respectivas políticas para defenderse de las contingencias económicas externas adversas; estimular la formación de un amplio mercado regional, para alentar, así, la industrialización y sumar esfuerzos para lograr el financiamiento del desarrollo económico de la América Latina, son perspectivas inmediatas y medidas de acuerdo con los mejores signos de nuestro tiempo.

Ricardo Torres Gaytán, ha señalado, a este propósito: "En la medida en que los países latinoamericanos fortalezcan sus vínculos económicos y diri-

jan sus esfuerzos hacia una mayor unidad económica regional, estarán en mejores condiciones para proseguir su desarrollo. Además, con la unidad, esta área ganará mayor respeto en el concierto internacional, alcanzará un mayor desarrollo cultural y obtendrá una mayor estabilidad financiera y otros muchos beneficios que por ahora resulta difícil apuntar. Alcanzar estos objetivos es una tarea llena de obstáculos y de realización a largo plazo. Sin embargo, más difícil será la situación de nuestros países si permanecen aislados, sin el convencimiento de que es necesario iniciar los esfuerzos para alcanzar una mayor cooperación y una gradual unidad económica regional.”

Esta unidad —como lo dijo al inicio de su viaje el presidente López Mateos— no está dirigida contra ningún otro pueblo del mundo sino que constituye pura y simplemente el arranque para poder participar en otras comunidades más amplias en una situación de dignidad e igualdad.

Es aquí oportuno recordar las palabras que pronunciara el presidente de México en su visita a Buenos Aires cuando afirmó:

“Estimo que todos debemos estar ya convencidos de que la similitud de los problemas de crecimiento que confrontan nuestros pueblos, exige una reestructuración económica de la América Latina que elimine el desperdicio de esfuerzos ocasionados por la falta de coordinación y obtener condiciones equitativas en nuestras relaciones comerciales con otros países, acelerar el proceso de industrialización que corresponda a planes de conjunto y aumentar nuestros sistemas de transporte. En relación con este último punto desearía mencionar como un ejemplo alentador, el muy próximo establecimiento de la línea marítima, que Argentina ha resuelto establecer para el intercambio de mercaderías entre el puerto de Buenos Aires y el puerto mexicano de Veracruz.

“Estimo, por otra parte, que el grado de industrialización que la América Latina puede alcanzar mediante la creación del mercado común, no puede ser, en forma alguna, motivo de alarma o de preocupación para los países altamente industrializados con quienes se efectúa en el presente la mayor parte de nuestro comercio exterior, todo lo contrario. Estoy persuadido de que esa industrialización y esa integración económica, al aumentar el poder de compra de nuestros pueblos, nos permitirá paralelamente aumentar el volumen de nuestras transacciones con aquellos países, en lo que se refiere a la producción de la compleja maquinaria que exige la industrialización en el mundo de nuestros días.

“El mercado común latinoamericano, vendrá a redundar así en una economía de abundancia que se traducirá en la prosperidad de todos, ya que,

repito, me parece axiomático que la prosperidad no pueda concebirse sino como una unidad indivisible.”

Se ha dicho atinadamente que sería más correcto hablar de “desarrollo común latinoamericano” que de mercado común, ya que en efecto el problema fundamental es el de desarrollo y de desarrollo desigual entre los diversos países latinoamericanos.

Nuestro inicio partirá de realidades modestas. El comercio de México con Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay, juntos todos ellos, representa una porción ínfima del total del comercio de México: 0.59 por ciento de las exportaciones en 1957 y 0.18 por ciento de las importaciones en el mismo año.

Pero con imaginación creadora, decisión, trabajo y organización mucho podrá hacerse. Más de lo que hoy por hoy, podemos concebir.

Nuestra participación en la zona de libre comercio entre países de la América Latina y en el mercado común constituye la señal del arranque. Se requerirá el transporte marítimo regular, que las instituciones de crédito financien exportaciones e importaciones dentro del área, así como el almacenamiento de mercancías y la instalación de agentes de ventas y servicio; que se intensifique el intercambio y la conjugación de capitales y de técnica; que se celebren acuerdos regionales para la compra y la venta de sus principales artículos de exportación y de importación para evitar la competencia ruinosa y robustecer la capacidad de negociación de la América Latina. Tiénese que alimentar el comercio latinoamericano, substituyendo los acuerdos bilaterales de comercio por regímenes multilaterales de pagos, con las facilidades arancelarias correspondientes y continuar la defensa de los precios de nuestros productos para evitar el deterioro sistemático de la relación de intercambios.

Finalmente, débese acometer una planeación económica del área, en toda forma, para evitar el despilfarro de inversión.

Lo importante, por ahora, es que tenemos ya una ruta y que hemos principiado a marchar juntos sobre ella.

Claro está que la estrella polar nunca es puerto de desembarque pero es la brújula que guía al navegante.

Nos hemos extendido sobre el requisito previo de la articulación e integración de los países latinoamericanos, ya que sin cohesión, desintegrada y desarticulada la América Latina, no podrá llegar a ser un sujeto activo dentro de la política mundial, sino que permanecerá como objeto pasivo, sufriendo todas las presiones y todas las deformaciones sobre su cuerpo y sobre su alma.

¿Cuál es hoy por hoy la situación de la América Latina dentro de la política mundial? Ésta se ha caracterizado en los últimos diez años por la tensión entre lo que se ha llamado Oriente y Occidente, y el ambiente que esta tensión ha originado se conoce con el nombre de "Guerra Fría."

¿Cuáles son los efectos de esta "guerra fría" en todos los países, pero en esencial en los de la América Latina?

Un primer efecto ha sido el aislamiento y los obstáculos a los viajes entre los dos grupos de países y la ruptura de vínculos profesionales, técnicos, culturales, científicos y económicos. Este aislamiento, a la larga, ha creado el recelo, la desconfianza y la animosidad que suplantaron a la simpatía y confianza cultivadas en todos los países beligerantes en los años de guerra.

Los efectos de la "guerra fría" sobre los movimientos de capital han sido muy serios en el mundo y ellos impidieron la posible resurrección del mercado internacional de capital en el mundo, después de la última guerra mundial. En Occidente se creó el miedo a riesgos inminentes y diversos, incluido el riesgo de una nueva guerra mundial o de guerras locales en regiones situadas en las fronteras de la guerra fría, que se han ido extendiendo cada vez más. Se ha contemplado el riesgo de una desintegración política de la órbita occidental por un proceso de secesión y de derivación de varios países hacia el bloque soviético.

La disminución gradual del comercio entre ambos grupos de países tuvo también efectos muy graves. Fue el principal factor que agudizó el problema y ha tenido efectos más amplios y graves sobre el desarrollo económico de muchos países.

El efecto de los gastos de armamento lo resumió en 1954 en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, en nombre de Australia, Sir Douglas Copland.

Después de calcular que ese gasto mundial de defensa equivalía a las dos terceras partes de los ingresos nacionales de los países de Europa Occidental o a una tercera parte del ingreso nacional de los Estados Unidos, invitó a su auditorio a estimar "toda la magnitud de esa cantidad. . . en términos de esfuerzos y aspiraciones humanas," y añadió: "si dos terceras partes de la mano de obra de Europa Occidental o una tercera parte de la mano de obra de los Estados Unidos se reservara para promover el desarrollo económico del mundo en conjunto y el de las naciones subdesarrolladas en particular; ¿qué gran adelanto significaría ésto en el camino hacia las metas para cuya realización se ha creado el Consejo Económico y Social!"

A este mismo propósito ha escrito Gunnar Myrdal, Secretario General de la Comisión Económica para Europa: "En términos generales, la conti-

nuación, durante un prolongado período de ese alto nivel de gastos cambiará considerablemente toda la estructura económica y social de nuestras comunidades nacionales. Los motivos estratégicos desempeñan un papel cada vez más importante en la dirección de nuestras inversiones de capital y en el adiestramiento de nuestra juventud, en la ubicación de la industria, en la política de la vivienda, etc. La asignación directa de gran parte de nuestros recursos para necesidades militares y el reajuste para fines militares, de la forma en que se asignan otros recursos, implicará naturalmente un trastorno en la economía, si se le considera desde un punto de vista de la mejor forma en que puede servir las necesidades civiles de la población.”

Acerca de los desastrosos efectos sobre nuestra cultura nos dice: “Los efectos psicológicos e ideológicos de la guerra fría sobre las comunidades nacionales de Occidente han sido también inmensos. La creciente influencia de la “pericia” militar y los hábitos de pensamiento de la “mente militar”, la movilización de los sabios para trabajar en toda clase de “proyectos” bajo la dirección del Estado y financiados por sumas votadas *ad hoc* y suministradas por el Estado, el ímpetu de la ciencia social para pensar en términos de “poderío” del Estado y de intereses estratégicos del Estado, el aumento de los secretos del Estado y de las fobias de lealtad al Estado, y el ascendente cada vez mayor de la propaganda de Estado, son sólo unos pocos síntomas de estos efectos psicológicos e ideológicos. Gradualmente están remodelando nuestras valoraciones fundamentales; si se mantienen durante un período prolongado, van a alterar toda nuestra cultura y la encaminarán en una dirección muy contraria a la de nuestros ideales tradicionales de Occidente.”

A este respecto afirma el brillante diplomático norteamericano George F. Kennan, en su obra *Realidades de la política exterior de los Estados Unidos*, que nuestras comunidades nacionales están dando la “impresión de que ya no creemos en nosotros mismos y que estamos dispuestos a sacrificar los valores tradicionales de nuestra civilización a nuestros miedos, en vez de defenderlos con nuestra fe.”

Quiero aquí repetir lo que decía Walter Lippman: “La libertad se desarrolla mejor en la paz, y todos los regímenes de guerra, aun los de la guerra fría, tienen que volverse necesariamente centralizados, faltos de liberalismo y arbitrarios.”

Pero los efectos de la guerra fría en la América Latina, han sido todavía más perjudiciales y dañinos, y se han extendido a todos sus aspectos, abarcándolos todos y adentrándose a su entraña misma. Claro está que han sido

perjudiciales para su desarrollo económico al impedir que se inviertan en esta área los capitales necesarios para su desenvolvimiento.

A este propósito, recuerdo haber oído, hace algunos años esta broma con acentos entre divertidos y dolorosos, de labios de uno de los más destacados hombres públicos del país, al referirse a la ayuda económica que Occidente proporcionaba a un pequeño país europeo, comunista oficialmente por cierto, pero hostil a la Unión Soviética, ayuda superior a toda la inversión pública canalizada a través de los organismos internacionales para la América Latina: "Para que México obtenga grandes capitales del exterior, se requerirá —bromeaba— que importe antes varios millones de comunistas aunque sean de segunda clase."

Pero el daño no ha sido tan sólo en el campo económico. En el político, en gran parte de los países latinoamericanos, la guerra fría ha frenado, ha obstaculizado su avance hacia un régimen democrático, conforme a su vocación. Con pretexto de atacar al comunismo, los enemigos de la libertad en la América Latina han aherrojado a la opinión pública, han cerrado el paso al civilismo, se han opuesto al reparto de la tierra, a las elecciones libres, a todo lo que signifique cualquier avance político o social.

Por esto ha dicho en Cuba el general Cárdenas que "los países coloniales, así como aquellos que han alcanzado autonomía política, pero que son todavía económicamente débiles, resisten el peso de grandes problemas; pero es general el deseo de resolverlos, sólo que cada vez que intentan dar pasos por el camino de su liberación política o económica, se les acusa de participar en la guerra fría. Se pretende así con el escudo de la actual tensión internacional que sufre el mundo, ocultar el sentido verdadero de la lucha popular en favor de la libertad y de mejores condiciones de vida."

Esto ha resultado trágico para la América Latina en la última década. En la hora actual ya comienza a sonar sólo a ridículo. En los momentos en que el mundo ha declarado ya la guerra a la guerra fría, en que los Estados Unidos y la Unión Soviética por una serie de razones, unas de su política interna, otras de su propia política exterior, orientan ésta a buscar arreglos parciales y graduales, como no puede ser de otro modo, para poner fin a la tirantez internacional y llegar a la reconciliación; cuando Nixon recorre la Unión Soviética y Kruschev los Estados Unidos y ahora Cabot Lodge, representante de los mismos Estados Unidos ante las Naciones Unidas se encuentra en Moscú y Palevsky, Presidente del Consejo de Ministros de Rusia en Nueva York, ya resultan anacrónicos en la América Latina los desgañitados ecos de la guerra fría.

Sucede para nuestra desgracia, que nuestra opinión pública ha sido muy poco porosa hacia el exterior, y ello por culpa de los que deberían orientarla.

Así vemos en nuestro país algunos desubicados políticos o periodistas, unos y otros con falta de limpieza o sobra de ignorancia, gesticular ridículamente a este propósito.

Por suerte los hombres responsables, los que empuñan el timón, conocen su ruta, conocen ante todo el claro camino de México; y sin desviaciones equívocas, ni volver los ojos atrás conducen hacia adelante al país, con pleno conocimiento de las nuevas circunstancias, y con plena responsabilidad de la misión, de la vocación, del destino de nuestro México en el mundo.

Nuestra doctrina es muy sencilla:

Igualdad jurídica de los Estados, autodeterminación de los pueblos, no intervención en los asuntos internos o externos de los demás Estados. Esta última no es abstencionismo cobarde porque se completa con la solidaridad en el mantenimiento de la seguridad colectiva internacional.

Una nación como un individuo se encuentran y se realizan a sí mismos, no ensimismándose, no encerrándose en sí mismos sino abriéndose a los demás, con generosidad sí, pero con dignidad también, sin entrega de su ser. Con ello no se debilitan sino que al contrario se robustecen y se afirman.

La convicción de México acerca de la necesidad del desarme fue rotundamente expresada por su más alto vocero, el presidente López Mateos, quien expresó, en Santiago de Chile la semana pasada (jueves 28 de enero) que: "Tenemos los países de América Latina muchas cosas que defender en común en los mercados internacionales; tenemos muchos planteamientos que hacer en la política universal. Ya ante las Naciones Unidas, en Nueva York, planteaba yo la importancia de considerar el desarme desde cualquier punto de vista que se le juzgara, o desde cualquier ángulo que se le analizara. Para nosotros, es una cuestión de vida o muerte para la humanidad encontrar una fórmula capaz de llegar a un desarme total universal... y nosotros, podría decir, que hemos resuelto dentro del ámbito nacional ese problema, estamos prestos a colaborar en el ámbito de América Latina, en el ámbito continental, en el ámbito universal, a lograr que los hombres puedan entenderse por encima de las amenazas de las armas."

En esto radica la gran trascendencia del viaje que concluye el Presidente López Mateos en la América Latina. Se ha terminado la etapa aislacionista de México, el abandono y la falta de contacto directo importante con

nuestros hermanos del Sur; y México se integrará gradualmente, por pasos, y con una planeación adecuada, con los demás países latinoamericanos.

Este propósito no significa que la América Latina, y en particular México, desprecien sus nexos políticos y económicos con los demás países del mundo y en especial, por su inmediata proximidad, con los Estados Unidos.

Al contrario, al integrarse la América Latina los vínculos entre ella y los Estados Unidos podrán ser más sólidos y el diálogo entre las dos Américas más fructífero, porque será entonces en verdad un diálogo entre iguales.

Creemos que los Estados Unidos ahora empiezan a rectificar la política del Secretario de Estado, que hace muy pocos años, declaró ante el mundo que a los Estados Unidos no les interesaba ni les importaba tener amigos. Creemos que el próximo viaje del Presidente Eisenhower a diversos países de la América del Sur significa que ahora sí han entendido en Norteamérica la utilidad, más aún, la necesidad de contar con amigos, en nuestro hemisferio. Las recientes declaraciones del Secretario de Estado Herter, y las del Presidente Eisenhower de no intervenir en Cuba ni política ni económicamente son manifestaciones de respeto al principio de no intervención tan caro a nosotros. Son el abandono de la diplomacia del "dólar" para adoptar la de la "buena vecindad", y confiamos sin reticencias que en el futuro será respetada tanto por los demócratas como por los republicanos en los Estados Unidos.

Diversos organismos oficiales y privados, así como varias personalidades eminentes en los Estados Unidos han hecho recientes declaraciones de la honda preocupación por el deterioro reciente en las relaciones entre este país y la América Latina. Ello ha conducido al Presidente Eisenhower a aprobar el establecimiento de una Comisión Nacional Asesora sobre Relaciones Interamericanas, encargada de limar asperezas y de promover una mejor comprensión en América. Esta Comisión deberá ayudar a la Secretaría de Estado en la información del pueblo de Estados Unidos con veracidad y exactitud acerca de acontecimientos especialmente críticos; sugerirá lo que estime conveniente sobre asuntos de negocios, bancarios, educativos y culturales.

Por su parte el Instituto Rockefeller sostiene que Estados Unidos deben apoyar los esfuerzos que se llevan a cabo para establecer un orden económico y político viable para la América Latina; que permitan afrontar los recientes cambios sociales que son necesarios y que favorezcan una continua expansión económica. "La contribución de Estados Unidos —sostiene el Instituto Rockefeller— debe ser cuantiosa, consecuente y bien proyectada; la importancia de las 20 naciones latinoamericanas no debe ser menos-

preciada, ya que la América Latina tiene una población superior a los Estados Unidos, comercio igual al de Europa y recursos naturales que brindan enormes campos para el desarrollo.”

En un informe de la Universidad de Nuevo México se recomienda más ayuda económica y menos ayuda militar a la América Latina “en la misma escala —dice este informe— que nuestros actuales programas para los países subdesarrollados del mundo, debe formularse un extenso programa de préstamos y concesiones públicas para Hispanoamérica.”

El Senador estadounidense Hubert H. Humphrey recientemente pidió mayor ayuda económica para la América Latina, ya que, dijo, “el pueblo iberoamericano necesita trabajo, oportunidades económicas, viviendas, salud, educación y alimentos.” Y el Senador Capehart, de la Comisión de Relaciones Exteriores ha declarado: “Podríamos disminuir nuestra ayuda exterior a otros países y dar más a nuestros vecinos latinoamericanos.” En seguida enumeró las deficiencias en la política de los Estados Unidos hacia la América Latina: 1) la designación de muchos comités y juntas investigadoras que tardan en formular informes, sobre los cuales casi nunca se resuelve nada; 2) que no se presta la debida atención en el trato de los Estados Unidos en estos países y no se cuidan los detalles en este trato; 3) la falta de continuidad, en el escaso programa latinoamericano y finalmente 4) la actitud de agravio en contra de estas naciones al no prestar atención a sus problemas.

El papel de los países subdesarrollados es muy claro. Consiste en impulsar sus intereses, que resultan, casi por definición, ampliamente los intereses de la integración internacional. El impulso, de su parte, es necesario para lograr la igualdad de oportunidades. Igualdad, que en las naciones adelantadas, a través de luchas seculares, se ha obtenido casi por completo. En este impulso radica la vocación de una genuina democracia en América, lo mismo en la América sajona que en la América Latina.

La lucha contra la guerra fría no significa que la América Latina se aparte de su genuina vocación hacia la democracia. Todo lo contrario, significa que se afianza en ella, que no se deja seducir por ningún espejismo, ni se contagia de un histerismo que le cegaría y le impediría contemplar sus problemas propios, pero que a todos atañen.

Por esto, el Presidente López Mateos en su mensaje al pueblo de Bolivia, con gran acierto aseveró que:

“...Gracias a sus respectivas revoluciones, nuestros pueblos siguen por sendas paralelas la tarea nobilísima de encontrarse a sí mismos, para conso-

lidar así, en un haz de voluntades indestructibles, en un solo amor a la patria, el concepto fundamental de la nacionalidad.

“La lucha contra el hambre, la ignorancia, la enfermedad y el pauperismo no es, ni puede ser, responsabilidad exclusiva de nación alguna. No vivimos aislados, no estamos solos. La magnitud de América requiere la identidad de propósitos, y a todos nos incumbe, por medio de una acción cooperativa, erradicar esos males de nuestras tierras prometidas. Esta es la acción suprema a que debemos consagrarnos en los actuales momentos. . .

“...El mundo es hoy uno, y la paz, la libertad y la prosperidad son indivisibles; los problemas concernientes por igual a todos los países y a todos sus habitantes. Así como es ya convicción universal que no es posible perpetuar los profundos desniveles económicos y culturales en la población de un país, y que la igualdad de oportunidades y la justicia social son fines innegables de la sociedad moderna, de la misma manera que tenemos la convicción de que es imposible e indeseable perpetuar los contrastes económicos y sociales entre los distintos países del mundo, de modo que los grandes ricos, acrecienten su poderío y bienestar a costa de los pequeños o de los pobres. En la misma forma en que las sociedades, en su conjunto, abordan la tarea de reducir las diferencias entre los individuos e implantar la equidad para alcanzar justicia social, toca a todas las naciones, a todas, a la *comunidad internacional*, colaborar en las tareas que demandan para su mejoramiento los países insuficientemente desarrollados. . .”

En resumen las perspectivas internacionales son prometedoras. No podemos aquí y ahora, por falta de tiempo, analizar los principales factores de la política internacional. Pero es un hecho evidente la disminución de la tirantez en el mundo y se notan ya los primeros signos de un espíritu de reconciliación entre las grandes potencias.

Se abren a México y a la América Latina oportunidades de jugar el papel que merecen en el mundo, no el de meros espectadores al margen de las decisiones importantes, sino el de actores también en un escenario, que no será el cubierto por los escombros ensangrentados causados por la hecatombe de una tercera guerra mundial, sino el de la construcción y la cooperación internacionales y ante el que podamos exclamar con el clásico:

*Et omnia perpetuos quae servant sidera motus
Nullum viderunt pulchrius imperium*

que en libre traducción dice: “Y de todos los que contemplan el curso perpetuo de los astros ninguno ha visto más limpio imperio.”